

apiñase al ejército. Se teme una revolución promovida por los emigrados, y con ella otro reinado del Terror. El torrente de opinión lo arrastrará todo.» Otra vez le dijo á Drouot en público: «¿Qué os parece, Drouot? ¿Sería demasiado pronto si partiéramos por Carnaval?» Pero tanto Campbell como Drouot tomaban estas declaraciones por salidas de tono, sin consecuencias, y demasiado audaces para ser sinceras (1).

* * *

Con las fiestas de Carnaval, coincidió en Porto-Ferraio la inauguración del *Teatro de la Academia*, terminado en tres meses. El palco central quedó á disposición del Emperador, cuya efigie aparecía en el telón de boca, representado en figura de Apolo, que, desterrado del cielo, apacentaba sus rebaños en casa de Admeto é instruía á los pastores. El público saludó con una tempestad de aplausos aquella conmovedora alegoría. En el arco, campeaba un medallón pintado, con la Fortuna sobre un carro por asunto. El carro era la isla de Elba, y la Fortuna simbolizaba al *héroe del siglo*, que hacía la prosperidad de la isla. Los comediantes formaban compañía de bolos de tercera clase, pero hubiera sido de mal gusto mostrarse exigentes, y S. M. inició los aplausos.

Después del espectáculo, hubo en la gran sala baile de disfraz, que duró hasta las siete de la mañana. Paulina se presentó en traje de napolitana, y en el baile siguiente, pues las fiestas menudearon, vestida de pastora de la isla de Prócida. Por entonces se abrió en la ciudad una tienda de modas. Nunca se habían divertido tanto los vecinos. El teatro de Palacio completó su organización, y el Emperador mandó pintar varias decoraciones (2).

Sin embargo, no cesaban los avisos de atentado. Cuando el naufragio del *Inconstant*, el alférez de navío Sarri echó al mar, envuelta

(1) CAMPBELL, p. 111, 161, 171, 185, 198 y 203; MARCHAND, p. 120 y 159.

(2) LABORDE, p. 41; PONS DE L'H., p. 243 y 246; LABADIE, p. 54; *Correspondencia imperial*, 21.665.— Todavía existe el teatro de Porto-Ferraio, con el mismo telón de boca y la pintura de la cimbra. Tiene cuatro pisos de palcos y una galería, con cabida total para mil espectadores. Es propiedad de los socios de la Academia.

en un sombrero de hule, una nota manuscrita que le habían entregado en Córcega, con la advertencia de que el Emperador se guardase de Bruslart. Otra nota, recibida por el juez Poggi, le participaba que un ex magistrado, destituido por el Emperador dos ó tres años antes, llegaría á la isla de Elba con ánimos de vengarse. El informe era exacto, pues á los pocos días desembarcó el magistrado, y todo el mundo le puso la vista encima. Derramóse la voz de que ejecutaría su intento en el teatro, y mucho antes de levantarse el telón, estaba ya la sala ocupada por los adictos al Emperador: los militares armados hasta los dientes, y los empleados civiles provistos de pistolas y puñales. El presunto asesino se sentó al lado del administrador de las minas, á quien había tratado en otro tiempo. «Entonces,— refiere Pons,— todas las miradas se clavaron en nosotros. Los ojos del comandante Mallet centelleaban, y parecían decirme: *No le dejéis hacer el más leve ademán*. Afortunadamente, el Emperador no asistió aquella noche al teatro, y pudo evitarse un conflicto.» Sin embargo, la denuncia era infamemente falsa, como resultado de una venganza personal del delator. Pero las precauciones fueron muy aparatosas y dejaron penoso recuerdo.

Puede decirse que la consigna era desechar las preocupaciones y no quebrarse la cabeza, por si las catástrofes llegaban escondidas en la sombra, y gozar de la vida mientras se descuidase en comparecer la muerte. En las veladas de los Molinos, antes tan austeras, se veía á la señora de un oficial polaco bailar el fandango á pierna descubierta al son de las castañuelas, y á Cambronne de pareja con Paulina, profundamente emocionado al contacto de la rosada carne de aquella hermosa mujer, hermana de su Emperador.

Quiso éste añadir representaciones de ópera á las que de comedia se daban en el teatro de la Academia, y al efecto escribía á Bertrand el 3 de Febrero: «Resulta un gasto anual de 40.000 francos. Yo concederé una subvención de 12.000, que es lo que por tres meses pide una compañía italiana, pero es muy caro. Si se la contratara por todo el año, no costaría más allá de 36.000 francos. Otra compañía exige 5.600 francos mensuales. Le ofreceremos 2.600 ó 2.000 sin orquesta. En la lista sólo constan cuatro hombres, pero cuatro hombres no forman compañía. Faltan las mujeres. Conviene aclarar este punto.» En

cuanto á orquesta, bastaría con los veinte músicos de la Guardia, para acompañar con sus clarinetes, trompas y flautas, los gorgoritos de Clorinda y Armida. Un palco para tan notable espectáculo, costaría diez sueldos por abono. Porto-Ferraio «se transformaba en otra Capua (1).»

Con motivo del entierro del Carnaval, el 8 de Febrero, miércoles de Ceniza, recorrió las calles de Porto-Ferraio una indescriptible mascarada. El comandante Mallet capitaneaba la comitiva, disfrazado de sultán, con las cachemiras de Paulina, altivo como Artabán y jinete en el famoso caballo blanco del Emperador, el caballo que un año atrás parecía un semidiós. Junto al comandante Mallet, el capitán Schultz representaba con sorprendente propiedad á Don Quijote, pues medía cinco pies con nueve pulgadas, y era tan flaco como su jamelgo, el matalón más famoso de la isla. Seguía toda la plana mayor, disfrazados con vistosos trajes; y los soldados de la Guardia, un tanto alegres, daban vivas desde los dinteles de los bodegones (2).

Aquello parecía el acabóse de lo bufón y grotesco, al paso que los numerosos policías, secretamente introducidos en las filas del ejército, significaban la caída en la corrupción é ignominia más extremas. Aseguraba la maledicencia que el Emperador, carcomido de enfermedades vergonzosas, mantenía incestuosas relaciones con su hermana Paulina, siempre lúbrica con todos, y á la que él amaba tanto. Encenagado en las orgías, ya sólo era un harapo humano, indigno de atemorizar á un niño (3).

Los periódicos ministeriales de Francia y los libelistas á sueldo de los Borbones difundían triunfalmente estas noticias, y hablaban

(1) PONS DE L'H., p. 155; *Memoria á las Potencias aliadas*, p. 105; *Correspondencia imperial*, 21.671.—En la *Correspondencia* hay un error de cifras. En vez de 1.900 frs. de abono mensual, debe decir 1.000 frs., ó sean 12.000 frs. anuales, importe de los 66 palcos del teatro, á razón de 50 céntimos diarios cada uno. Las entradas de galería se calculaban en 44 frs. por función.

(2) PONS DE L'H., p. 244.—Dijimos que el Emperador tenía dos caballos blancos: el *Tauris* y el *Intendant*, que la gente llamaba *el Coco*. Sin duda, se trata aquí de este último, pues servía para las formaciones y revistas.

(3) HERISSON: *Gabinete negro*, p. 131; WALDBOURG-TRUCHSESS, p. 34; *Carta de Carolina Bonaparte á su tío el cardenal Fesch*, inserta en la *Nueva Revista Retrospectiva*, t. II, p. 150.—Había maniático empeño en acusar á Paulina de amancebamiento con todo el mundo. Hasta se le achacaba trato ilícito con Drouot (*Memorial de Santa Elena, 11 de Marzo de 1816*), y que se iba á Liorna vestida de hombre para cortejar públicamente. (*Informe de un espía*, citado por Pellet, p. 68.)

del «llamado Napoleón», «del advenedizo de Ajaccio», calificándole de «aventurero, que durante algunos años había oprimido á Francia; de saltimbanqui remedón de Mahoma, cuyas victorias no habían podido preservarle del ridículo». Era para sus enemigos algo así como el rey de Haití, que gobierna á negros y monos, y aficionándose á la antropofagia, se hartaba en su delirio de carne de sus vasallos. Para mejor tranquilizar á la opinión pública, añadían que numerosos buques franceses é ingleses bloqueaban la isla estrechamente, sin permitir ni el acceso de una lancha á la roca, en donde por efecto de una afección al pecho, que se lo llevaría muy pronto, agonizaba aquel miserable «podrido». Los emisarios que intentaba despachar al continente, quedaban todos «presos en una cárcel amurallada». Frente á los suntuosos retratos del «glorioso rey de Francia» con el ponderativo letrado: *Dios hizo á Luis XVIII y descansó*, se veían pegadas á los cristales de las librerías caricaturas del «asmático soberano de la isla de las minas, que rodeado de corcovados y lisiados, decretaba reclutamientos en masa de 30 hombres». O bien lo representaban paseando por la playa vestido de Robinsón, con gorra de pieles y quitasol, y sobre el hombro un águila desplumada en vez de papagayo (1).

Talleyrand, que conocía á su antiguo amo y estaba enterado de sus tretas, movía la cabeza al escuchar tales noticias, y no cesaba de repetir que era preciso desembarazarse «del hombre de la isla de Elba», y siempre se le respondía que «más adelante». Si acaso insistía, le acusaban de presumir de mayor previsión que los otros, y le preguntaban si recibía confidencias del Emperador, ó si andaba mezclado en «aquellas chifladuras». En vano Fouché, sin que nadie le pidiera parecer, había escrito al conde de Artois, diciéndole que Napoleón en la isla de Elba era, para Francia y para Europa, «lo que el Vesubio para Nápoles». En vano Hyde de Neuville, para quien el Emperador sería temible aun después de muerto, tocaba á rebato y proponía su deportación á América, á un asilo digno de él, á fin de que permaneciese tranquilo. En vano afirmaba el mismo Neuville, que las reclamaciones de Napoleón respecto á María Luisa y el rey

(1) *Journal des Debats*, 4, 13 y 30 de Diciembre de 1814; FLEURY DE CHABOULON, p. 101 (nota); CHAUTARD, p. 87; MARCHAND, p. 150; *Diversos libelos: Constitución otorgada por Buonaparte á los habitantes de la isla de Elba; Robinsón en su isla*, etc. (estampas diversas).

de Roma propendían á extraviar la opinión, pues de ningún modo deseaba tener á su lado á su mujer y á su hijo, que forzosamente habían de cohibir sus manejos. Al decir esto, le llamaban visionario, y respondían que el crucero de Córcega alejaría todo peligro.

El 16 de Febrero mandó el Emperador liquidar el presupuesto de guerra del año anterior ó implantar el del corriente. El 19 de Febrero abrió un crédito de 40.000 francos para puentes y caminos, que se distribuirían «á razón de 8.000 francos entre los meses de Marzo, Abril, Mayo, Junio y Julio». Al propio tiempo prepara su veraneo en Monte Giove, y da orden de acomodar su instalación en la ermita con la suficiente escolta. Parte de la corte residirá en Marciana Alta, y al efecto escribe al conde Bertrand en estos términos: «Como quiera que á mediados de Junio ó principios de Julio pienso ir á Marciana, convendrá empezar los trabajos en Abril y escoger ya las casas que hayan de habitar mi señora madre, la princesa Paulina, la condesa Bertrand y el conde Drouot. Una comisión se encargará de elegir estas casas y alquilarlas para los meses de Julio, Agosto y Septiembre. Me presentaréis una nota de las reparaciones necesarias. Yo me hospedaré en la vivienda del ermitaño, pero es preciso ensanchar mi despacho y trasladar la cocina al otro lado de la capilla. Bastará para ello un cobertizo de madera. Además, se necesitará una casa para mis criados, otra para las caballerizas y otra para la escolta, que no puede bajar de 50 hombres. Mandad borrar los proyectos de estos trabajos (1).»

El 21 de Febrero visitó la casa desmontable, que su constructor había expuesto en público. La examinó en todos sus pormenores, preguntó precio, y se hizo explicar el mecanismo.

El 22 de Febrero se ocupó en la contabilidad de las salinas, cuya organización reformó, de suerte que pronto pudiera explotarlas directamente el Estado. Dispuso la subasta de las obras de la carretera marítima á Porto-Longone, con tres puentes cerca de Capoliveri, por el tipo máximo de 2.500 francos (2).

Desde el 16 de Febrero estaba Campbell ausente de la isla de Elba. El 15 había redactado un parte alarmante, sin atreverse á enviarlo, por

(1) *Correspondencia imperial*, 21.673, 21.676 y 21.677.

(2) MARCHAND, p. 159; *Registro de la isla de Elba*, núm. 183; *Corresp. imp.*, 21.678.

miedo de que se le burlaran, pues Castlereagh le había recomendado «evitar gastos inútiles y no expedir correos especiales sino en casos urgentes, que valiesen la pena». Embarcóse Campbell en la corbeta *Partridge* con rumbo á Liorna, para trasladarse de allí á Florencia y entrevistarse como de costumbre con el cónsul de Austria. En esta última ciudad encontró á Mr. Cooke, subsecretario de Estado de Inglaterra, que venía del Congreso de Viena, á quien expuso los motivos de su viaje, sus temores acerca del Emperador, y sus vacilaciones en enviar el parte á lord Castlereagh. Leyóselo Campbell, y al oírlo Cooke, se echó á reír, diciendo: «¡Napoleón! ¿Qué significa esto? Regresad tranquilo á la isla de Elba, mi coronel. Napoleón es impotente. Y si os preguntara qué opinan de su persona, respondedle que nadie se acuerda ya de él en Europa. Está completamente olvidado. Como si nunca hubiera existido.»



La evasión de la isla de Elba.
(Copia de una estampa alemana de la época.)

Sosegóse Campbell con esta declaración. Según él mismo dice, «estaba verdaderamente perplejo ante la conducta del Emperador y de sus aparentes veleidades; pero después de las observaciones de Cooke, se percató de que, al observar de cerca al Emperador, se había equivocado en sus juicios, dejándose llevar por exagerados escrúpulos (1).»

Permaneció Campbell ocho días más entre Florencia y Liorna, y cuando el 28 de Febrero regresó á la isla de Elba, ya no estaba allí el Emperador.

* * *

De esta manera venció el zorro, con cuya piel se había disfrazado el león, demasiado débil aún para el zarpazo. Como el animal

(1) CAMPBELL, p. 147, 212 y 213.